F2846
.A945
WILSON
ANNEX

PENSAMIENTOS

DE

AVELLANEDA

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. ROSSO - Sarmiento 779
1929

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

F2846
.A945

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023532278

BIBLIOTECA AVELLANEDA

F2846
.A945

PENSAMIENTOS

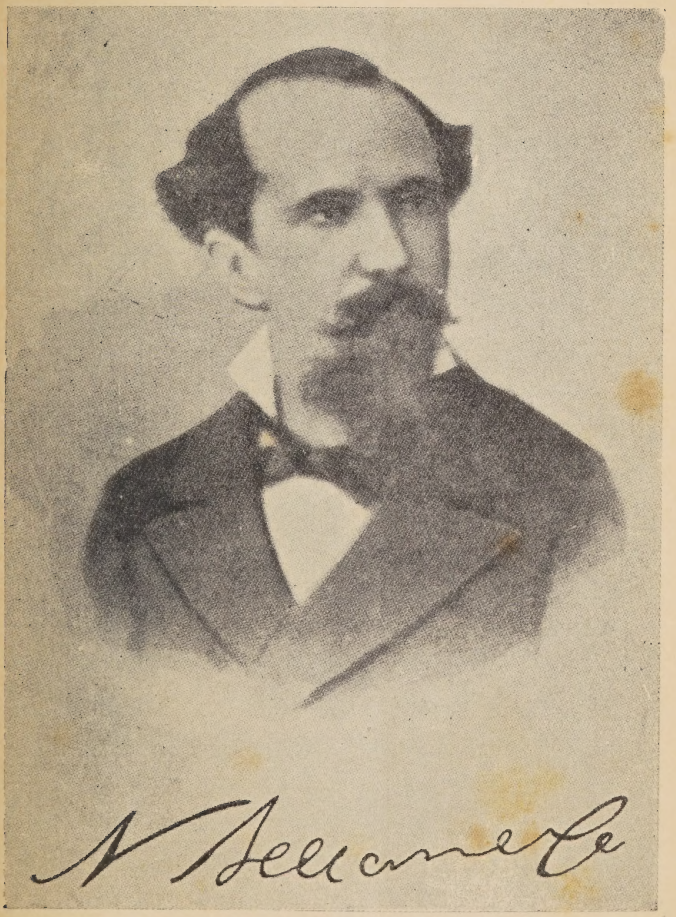
DE

AVELLANEDA

BUENOS AIRES
Talleres Gráficos Argentinos de L. J. ROSSO - Sarmiento 779
1929

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/pensamientosdeav00unse



NOTA BIOGRAFICA

Nicolás Avellaneda nació en Tucumán el día 3 de Octubre del año 1837, siendo su abuelo el Doctor Nicolás Avellaneda y Tula, revolucionario de Mayo, miembro conspicuo de nuestras primeras asambleas patrias, promotor de la autonomía provincial de Catamarca; y su padre, el Doctor Marco M. de Avellaneda, gobernador de Tucumán, jefe y tribuno de la resistencia del Norte contra Rozas, sacrificado gloriosamente en Metán a los veintisiete años de edad.

Nieto de un proscripto e hijo de un mártir de la Tiranía, Avellaneda pasa su infancia en el destierro, donde le enseña a trazar sobre la arena las letras del abecedario el cura de una aldea boliviana.

De regreso a la patria, el joven Avellaneda se trasladó a Córdoba, donde ingresó en el Colegio de Monserrat, y en el tercer año obtuvo por merecimientos propios un puesto de profesor auxiliar.

Apenas contaba diez y nueve años cuando aprobó la última materia que figuraba en el programa de la Facultad de Derecho, dejando una admiración tan honda entre amigos y condiscípulos que constituyeron más tarde el núcleo iniciador de su candidatura a la Presidencia en toda la República, trasladándose luego a Tucumán donde practicó su profesión de abogado, y se dedicó también al periodismo, colaborando en el "Guardia Nacional" y fundando el "Eco del Norte", publicaciones que recibieron las primicias de su talento de escritor y político durante su breve permanencia en la ciudad natal.

El día 6 de Junio de 1857, sin más apoyo que sus energías intelectuales, Avellaneda llegó a Buenos Aires, incorporándose a su Universidad, donde en Marzo del año siguiente, con singular brillo, se graduó de Doctor en Jurisprudencia, siendo elegido por sus compañeros para pronunciar el prestigioso discurso inaugural de la Academia de

Práctica Forense, lo que le proporcionó uno de sus primeros grandes éxitos oratorios.

En seguida formó parte de la redacción del "Comercio del Plata", que dirigía el Doctor Miguel Cané (padre), y al poco tiempo se hizo cargo de la redacción del "Nacional", reemplazando al Doctor Juan Carlos Gómez. A los veintidós años había llegado a destacarse entre todos lo periodistas de su época.

Pronto el sufragio popular lo hizo Diputado a la Legislatura de Buenos Aires, y por concurso fué designado catedrático de Economía política en la Universidad. A partir de este momento la carrera del joven tucumano constituye una escensión triunfal.

No tarda el Gobernador Adolfo Alsina, sobreponiéndose a prejuicios localistas, en ofrecerle un Ministerio, que Avellaneda aceptó patrióticamente, exponiendo su gran obra constructiva en dos luminosas Memorias, las primeras publicadas en el país, y que sirven todavía de modelos. Valorizando esta gestión

ministerial, el presidente Sarmiento le entrega la cartera que más debía estimar el viejo educacionista, la de Instrucción Pública, honrosa confianza que le sigue acreditando, suscribiéndole todas sus iniciativas y encomendándole la redacción de documentos históricos y la defensa de su Gobierno en apasionados debates parlamentarios.

A los treinta y seis años ungido por la opinión de sus conciudadanos ciñe la simbólica banda de los presidentes argentinos, y, terminado su histórico período, pasa al Senado Nacional representando a la Provincia de Tucumán, que desempeña conjuntamente con el de Rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo en el que fué reelegido por las Academias, alcanzando el *voto*, que, según su propia expresión, era el más calificado de la República.

Dejó de existir a los cuarenta y siete años, regresando de Europa y conservando la serenidad de espíritu superior hasta el último

instante, en que, apoyando su genial cabeza en el hombro de su digna esposa, pidió le sirviera de sudario la bandera de la patria. Tuvo lugar esta desgracia nacional el 25 de Noviembre de 1885.

La obra del Presidente Avellaneda

Afianzó el crédito del país en el mundo entero, sirviendo religiosamente la deuda externa, y administrando con honradez y previsión, pudo disminuir las contribuciones y gastos públicos sin interrumpir el crecimiento económico de la Nación.

Terminó graves cuestiones de límites que había pendientes con naciones vecinas. Extendió la red ferroviaria y telegráfica. Sometió al indio de las pampas, suprimiendo el servicio militar de fronteras interiores y librando al dominio pacífico de la civilización todo el territorio de la República. Llevó la colonización al Chaco y afirmó la soberanía

argentina en los territorios del Sur. Estableció la navegación del Río Negro. Impulsó con fervor inquebrantable las obras públicas, incorporó la República a la convención de Berna. Atrajo al emigrante con leyes tutelares y promisorias. Favoreció el intercambio comercial, exportándose durante su gobierno la primer tonelada de trigo argentino. Protegió el desarrollo de las industrias, dignificándolas e inaugurando frecuentes Exposiciones que evidenciaron la riqueza de nuestro suelo. Propagó con ardiente entusiasmo la instrucción pública, haciendo del amor a la Escuela y a la Biblioteca una pasión nacional. Dió a la República su Capital definitiva, consolidando la unidad nacional. Gobernó con la palabra, dando audiencia desde los balcones de la Casa Rosada al pueblo, para escuchar y dirigir las palpitaciones del alma nacional.

Y sin dejar de ser nunca la Razón, tuvo también, sin embargo, un día que ser la Fuer-

za, cuando se retiró a Belgrano, para salvar el principio de autoridad y asegurar que nada puede existir dentro de la Nación superior a la Nación misma. No buscó la popularidad, rechazando sectarismos; contrarió apetitos, despertando ideales; aceptó responsabilidades apelando al juicio de la historia. Honró a San Martín repatriando sus restos, a Moreno inaugurando su estatua, a Rivadavia celebrando su centenario, y a la Madre Patria, recordando con su magistral elocuencia la glorias históricas de España al presidir los más famosos juegos florales celebrados en la América. Escribió y pronunció numerosos y memorables estudios, discursos y proclamas que han sido reunidos y publicados por el Doctor Juan M. Garro, comisionado al efecto por el gobierno de la Nación, que forman doce volúmenes, fuente de inagotable enseñanza y de inmortal belleza literaria.

A iniciativa del Poder Ejecutivo Nacional

y con el voto unánime del Congreso, se acaba de sancionar una ley que dispone la erección de la estatua del Presidente Avellaneda en esta Capital, que será costeada por suscripción popular y modelada por un escultor argentino.

Desde hace algunos años la ciudad de Avellaneda ostenta en su principal plaza el monumento del estadista cuyo nombre lleva, y que sabe honrar periódicamente esa laboriosa y culta población.

Y en Tucumán está ya colocada la piedra fundamental donde se alzará la efigie del más ilustre de sus hijos, el Presidente Avellaneda, que vuelve al viejo hogar, un fausto día, para inaugurar el primer ferrocarril, que llevaba dentro de sus líneas paralelas el progreso y la fraternidad de los pueblos.

NOTA EDITORIAL

La Biblioteca Avellaneda cumple una vez más sus propósitos culturales, dando hoy a la publicidad, algunos pensamientos extraídos de los Escritos y Discursos que consagraron Gloria Argentina a Nicolás Avellaneda. Para prologar esta nueva publicación, se ha solicitado el concurso del destacado escritor Angel Acuña, teniendo presente su autoridad de crítico y su fervor espiritual. El Doctor Acuña, ha respondido gentil y patrióticamente, con el magistral estudio que va a leerse y en el que afirma la más amplia y exquisita comprensión de la vida y obra de Nicolás Avellaneda.

Buenos Aires, Agosto de 1929.

AVELLANEDA A TRAVES DE SUS "PENSAMIENTOS"

Una feliz inspiración ha sugerido a la "Biblioteca Avellaneda" la iniciativa de recolectar, para darlos en una edición especial, algunos pensamientos del doctor Nicolás Avellaneda, extraídos y aislados de los discursos, escritos y trabajos de distinta índole por él producidos. Se trata, naturalmente, de expresiones que encierran un concepto acabado, una noción definida, aptas para subsistir por sí solas, desprendidas del cuerpo general en que han sido elaboradas. Llenan, pues, la indispensable condición de autonomía y unidad, que las destaca con personalidad y vida propias.

La forma así condensada, precipitada, diríamos, — dentro de la acepción científica de la palabra, — de una doctrina, un con-

cepto social, económico, educacional, político, de aspectos de vida y psicología individual y colectiva, no es la que corresponde a los pensadores solitarios, a los estudiosos de gabinete, o a los razonadores e investigadores experimentales. En éstos el trabajo mental se manifiesta por procesos distintos: por desenvolvimientos, desarrollos de ideas y razones que fijan en el engranaje de una trabazón orgánica, el concepto, la idea, la doctrina o la ley que enuncian. Son descriptivos y operan en consecuencia por clasificación, que supone el razonamiento analógico y la subordinación de los caracteres, como base de articulación de las relaciones que investigan y las conclusiones a que llegan.

No pasa así con el hombre de acción, más intuitivo que razonador, más apto para las visiones de conjunto y las ideas generales que para la lógica del razonamiento, el desarrollo demostrativo, el análisis y la percep-

ción del detalle o el matiz. Cuando el hombre de acción se une al intelectual, el dinamismo ejecutivo a la meditación pensadora, las ideas que expresan la resultante de su trabajo mental, se precipitan en fórmulas condensadas, en líneas concretas y precisas, síntesis e ideas generales. La bibliografía histórica ha recogido bajo el título de "Pensamientos" los trabajos de esa índole de Marco Aurelio y de Pascal. Ambos han resumido las calidades combinadas del pensador y del hombre de acción, la penetración de la inteligencia por los elementos motores, conservando, empero, la sensibilidad de los matices y el tono delicado y suave de las naturalezas sensibles. El proceso es, también, entonces, de limitación de términos y factores del problema, de eliminación de elementos secundarios y meramente explicativos: la inteligencia no percibe sino las relaciones más profundas y fundamentales del problema, sin los corolarios, ni los anteceden-

tes y consecuentes. Se piensa definiendo el fondo central de las relaciones percibidas, por el miraje intuitivo y la confirmación reflexiva, que coadyuva, más para darle el sello de la lógica, que para la verificación de exactitud. Las verdades tienen en estos espíritus precisión matemática y sobriedad geométrica, porque están precedidas de una especie de automatismo mental, de pre-conciencia de las razones que las definen. Parecen ser sentidas más que pensadas.

Marco Aurelio y Pascal fueron políticos, moralistas políticos mejor dicho, que actuaron sobre el corazón humano dentro de un género determinado de acción social. Otros, moralistas igualmente, pero en una forma más individual, en un despliegue de actividad más directa sobre el alma humana, como Vauvenargues y La Rochefoucauld, han evidenciado igual preferencia por la forma abreviada del pensamiento. Soldado el uno, tanto como pensador, mundano el otro, ambos ac-

tuando en actitud de conquista sobre la voluntad humana, han puesto en colaboración calidades de destreza, de atención permanente, de avistamiento, de acechanza, de lucha, de reflexión intuitiva y observación constante. El mundano, no el ligero y frívolo, de mero contacto de presencia y acción física, de asistencia externa en multitud; sino el de actividad real sobre las almas, de comercio espiritual profundo, que toca el fondo de los corazones y es capaz de vivir y pensar sus sentimientos, es un activo, un ejecutivo, con los recursos y condiciones del hombre de acción. La conquista de voluntades, en un campo más inteligente y seleccionado, exige una tensión máxima de actividades: es una lucha, un combate, que tiene su técnica y su táctica. La Rochefoucauld fué un activo, que puso al servicio de su acción su inteligencia, sus calidades de observación, sus meditaciones, empañadas, es cierto, de ese género de escepticismo que da el éxito mundano, cuyos

triunfos casi siempre se extienden sobre el vicio y la debilidad, más que sobre la fuerza y la virtud. Vivió en un mundo muy inteligente, en una sociedad femenina muy cultivada, la del famoso "Hotel Rambouillet", ágil, diestra, atenta a los movimientos del espíritu, las delicadezas del arte y las más altas manifestaciones de la inteligencia, y en el siglo, acaso, el más fecundo de la historia. Se explica, pues, su agudez extrema, su portentosa capacidad de concentración y síntesis, el hábito de ver el fondo, para estar atento al movimiento de las imágenes, la adaptación a los hechos, que caracteriza al hombre de acción, con la admirable elasticidad para filtrar las experiencias aplicadas a determinadas situaciones.

I

En el marco de esta clasificación noológica cabe el doctor Nicolás Avellaneda, estadista, pensador, hombre de letras. Con-

sideramos su calidad predominante, la que destacó su actividad en el muy corto ciclo de su vida: fué un hombre de acción, ante todo y sobre todo un hombre de estado. Sería inútil buscar derivaciones en actividades secundarias a su ocupación preferente: su actividad se condensó, como consagración central, si no absorbente, por la clase de su sensibilidad, que exigía otros derivativos, por lo menos máxima, fundamental y directiva, a la acción de gobierno y la política nacional. Era un ejecutivo, con capacidad de dirección y aptitud pensadora. Su mentalidad reflejaba la influencia de los elementos motores en la rapidez de concepción, la adaptación a los hechos, producto indiscutible de la combinación del impulso y la inhibición. Su dinamismo estaba controlado y administrado por la actividad reflexiva. Combinación armónica y acorde, le da el sello de una personalidad de equilibrio, donde los factores preponderantes entran en igual proporción.

Sarmiento tiene más impulso, por eso ocupa el plano con contornos más subidos, mucho menos reflexión y una sensibilidad áspera, ruda, casi diríamos inorgánica y explosiva; Mitre menos nervio motor, menos acción impulsora, mayor actividad del razonamiento y poder controlador, y una sensibilidad más fría, de menor potencialidad. Ambos agregaron la longevidad, de innegable importancia en el ajustamiento de los factores del espíritu. Hay en Avellaneda un contraste: su sensibilidad no parece la del hombre de acción. Es delicada, estremeciente casi, rica en fibra surgente, apta para el matiz y la sutileza de los tonos. Tiene, es cierto, cierta elegancia elástica, agudez flexible y penetrante, con despliegue de sostenida vibración, pero es fácilmente excitable y comunicativa de emoción. Su voluntad poseía la rigidez que da la serenidad, el coraje que viene como expresión de vitalidad moral, como acopio de fuerza interior, y se fortifica y templa en el

infortunio, que maduró su niñez; la tenacidad, que sabe alejarse de la obsesión, por el límite que impone la inteligencia de las posibilidades. No era su voluntad de aquellas que se quiebran en el choque de los contrastes, como lo son generalmente las de las naturalezas sensibles; al contrario, adquiría la flexibilidad inquebrantable del acero. El sentido de la fuerza y el poder interior daban a su impulso la seguridad de la medida. Jamás llegaba al exceso, ni a la extralimitación. Ni vacilante, ni impulsivo, conocía el momento en que había que obrar y aquel en que había que detenerse. Esta intuición del límite daba a su esfuerzo el sentido de la realidad y el poder de la eficacia. Una sensibilidad delicada y rica da a la voluntad enérgica este tono elástico, comprensivo de las situaciones y adaptable a la visión rápida de la realidad. La inteligencia tiene entonces la flexibilidad necesaria para colocarse en el justo límite y manejarse en el terreno de las probabilidades.

Su presidencia fué una prueba constante de entereza, de inteligencia, de valor indomable. Presidió un país convulsionado, sacudido por graves problemas, que reclamaban inmediata solución. Postergar cuestiones perentorias importa acrecentar la desorganización nerviosa y enclaustrar, intensificando sordamente los odios. Tocóle colocarse frente a un estado de ánimo que invitaba más a la lucha defensiva, que a la acción constructora. En medio del combate, empero, su espíritu no reposaba: los problemas de gobierno tenían solución al igual de los conflictos convulsivos. De allí nacieron sus ideas, forjadas entre sacudidas volcánicas y amenazas de derramamientos de sangre. Tiene el temple acerado de una fuerza en tensión, de un espíritu que escudriña los problemas de la paz, entre los estrépitos de la guerra. Es ese el mérito superior de su visión de gobernante; la agitación de la calle, las disputas de la querella cívica, los desgarramientos de las

luchas intestinas, no llegaban hasta el silencio de su gabinete, no conmovían la tranquilidad del hombre de gobierno. Allí moría el rumor del tumulto y los sobresaltos de los espasmos colectivos, para no respirar otro ambiente que la serenidad reflexiva del gobernante avisado.

La armonía de su temperamento completaba la modalidad del orador. El pensamiento, animado por la penetración de los elementos motores y vaciado en una sensibilidad fina, delicada, un poco sufriente, era esencialmente apto para la elocuencia. La oratoria es un género expresivo de la vida de acción. Requiere la potencialidad motora y la energía activa del ejecutivo, con la inteligencia y la sensibilidad necesarias para tocar los sentimientos y movilizar la voluntad. Necesita la vibración eléctrica que va de voluntad a voluntad, de corazón a corazón, y que la inteligencia que la trasmite debe poseer el metal capaz de comunicarlo. Tal era

la de Avellaneda, por esa misma calidad que reflejaba la fisonomía armónica de su temperamento, en una combinación feliz de voluntad, inteligencia y sensibilidad. Su pensamiento tenía la belleza musical, la ondulación melódica, el giro tenso y breve, elástico y vibrante, contenido y expresivo, sugestivo y claro, que conviene a la palabra pronunciada para llegar por el oído a las almas. Poseía, pues, a más de las calidades del estadista, el instrumento adecuado para dar a su acción la fuerza necesaria para penetrar en los espíritus y conmover las voluntades.

II

Tal el espíritu y estructura de cada uno de los pensamientos que llenan este volumen: son fórmulas de acción, ideas de gobierno y realización de propósitos de estado, cuando no concepciones artísticas o estremecimientos de su sensibilidad conmovida. Se

encuentra en ellos, a la vez que el aspecto intelectual, el poder de vibración activa, la fuerza del movimiento y la actividad motora. El dinamismo se percibe en el calor que desenvuelven y la irradiación que proyectan; expresan soluciones sobre acontecimientos del día, conceptos e ideas sobre las cuestiones que se ventilan con perspectivas de porvenir.

Vivió en un momento difícil y complejo. La organización nacional amenazaba fracasar, arrasada por odios de partido y corrientes opuestas que trabajaban el organismo del país. La política de la tiranía reposó, como base para sostener su imperio, en el sistema de mantener el aislamiento de Buenos Aires de las provincias y el de éstas entre sí, conservando encendido el fuego de las discordias intestinas y la guerra entre ellas. Esta situación produjo como consecuencia el ahondamiento del espíritu localista, con el acrecentamiento de enconos y recelos entre porteños y provincianos. El

problema de la organización constitucional, inmediatamente después de Caseros, se encontró con ese escollo casi insuperable, que volvió a encender la guerra civil y amenazó de nuevo la estabilidad de la Nación. Vencidas algunas resistencias y resuelto, en parte, con el afianzamiento de la Constitución sancionada en el año 1853 y reformada en 1862, resurgió el conflicto radicado esta vez en la solución del problema sobre la Capital de la República. La forma violenta en que se planteó mantuvo al país en nuevas perspectivas de desgarramientos, conmoviendo la tranquilidad pública. No lo resolvieron las grandes presidencias anteriores: ni Mitre, con su política de conciliación transaccional; ni Sarmiento, con su temperamento y su sistema de los arrebatos explosivos. Tuvo Avellaneda que abordarlo en circunstancias que el conflicto adquiría extremos violentos. Buenos Aires se erguía con intransigencia, reclamando su ciudad capi-

tal, mientras designaba al Presidente de la República con el calificativo desdeñoso de "huésped ilustre". La exasperación llegaba hasta la conflagración sangrienta. Comprendió Avellaneda la situación trágica del momento, la necesidad de una firmeza superior, con la energía que implicaba una solución decisiva y duradera, que diera fin para siempre a las contingencias que suscitaba el grave problema. Lo planteó sentando como base la exigencia de afirmar el sentimiento nacional, levantándolo por sobre todos los localismos, y tratando de hacer comprender que una patria no se crea ni se consolida sobre pasiones lugareñas. Pronunció entonces la frase que Groussac veía grabada en letras unciales: *"Nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma"*. Alrededor de esta idea central desarrolló su pensamiento y acción de gobierno. Consideró a la patria una unidad superior a las diferencias territoriales, no una confederación de estados o núcleos

diversos. Buenos Aires y las provincias no eran nada por sí mismas, sino como elementos constitutivos de la Nación. "La República puede estar hondamente dividida, decía, en partidos internos; pero no tiene sino un honor y un crédito, como no tendrá sino un nombre y una bandera ante los pueblos extraños". Por eso consideraba la colaboración de todas las fuerzas políticas y de todas las inteligencias, en la vida pública y la función de gobierno, una condición indispensable de existencia y unidad nacional. El gobierno democrático republicano de nuestra constitución consagra, precisamente, no la dominación excluyente de un núcleo sobre otro, sino la coparticipación de todos en la dirección de los destinos del país. Debe resumir la síntesis de los intereses y aspiraciones diversos, no la expresión absorbente y usufructuaria de una sola. Insistía: "El gran ideal de la familia argentina unida, que viene mostrándose en las alturas a través de todas

las épocas de nuestra historia, no tiene hoy sino un sentido práctico profundo, la representación de todos los partidos dentro del Congreso de la Nación". Puso al servicio de esta idea, eminentemente nacionalista, su influencia y prestigio de gobernante. Con el propósito de fortificar el sentimiento nacional y cohesionar hondamente vínculos y anhelos, propició una política de conciliación, cada vez que la acritud de los partidos o el encono de las divisones partidarias sacaba a éstos de su órbita de acción, sustrayéndolos de la mera función real de engranajes de la vida democrática, para colocarlos en actitudes de violencia y pretensiones de exclusivismos dominantes. "No se consolidará jamás, repetía, una situación política por absorciones ni exclusivismos, cuando se trata de derechos vitales para los hombres". Agregaba: "No pronunciemos a propósito de disensiones transitorias palabras irreparables". No han sido, desgraciadamente para

nuestra deficiente capacidad de país sin base orgánica sólida, palabras pronunciadas para soluciones del día. Tienen hoy, a pesar de los años corridos, evidente aplicación oportuna. Todavía no hemos asimilado con la profundidad necesaria estas nociones superiores de cultura cívica, que obligan a considerar a la Nación, a los hombres y partidos como una unidad inseparable. Aún tenemos gobernantes y agrupaciones que confunden el gobierno con la propiedad y a un partido triunfante, con un conquistador con derechos de dominio.

Dentro de estas ideas, pero con la energía que impusieron las circunstancias, resolvió el problema de la Capital de la República, encuadrándolo en el concepto histórico tradicional. "La Capital de la República, decía, es el voto nacional, porque es la voz misma de la tradición y la realización, bajo forma legal, del rasgo más característico de nuestra historia". Fué firme, aunque prudente y

esforzado, en la ejecución. Luchó contra todos para sostener un principio que reputó de las entrañas de la nacionalidad. Contra los unos, porque resistían en nombre del localismo; contra los otros, los que estaban a su lado, porque no quiso que una solución de interés nacional se transformara en una presa de partido. Quiso resolverlo con la colaboración de todos: porteños y provincianos. Aspiró a que no hubiera exclusiones, razón por la que aún hoy se oyen voces repitiendo la murmuración incomprensiva. Los hombres superiores encuentran siempre el conflicto de la casa en la incomprensión de los intereses menudos. Para éstos el partido es todo; para aquéllos "nada hay superior a la Nación". Su concepto de gobierno, estrictamente institucional, se encuadra en esta fórmula "Los gobiernos no se hacen ya con decretos autocráticos. Los gobiernos se hacen con la opinión pública, bajo el impulso de todas las fuerzas sociales".

III

Otro de los problemas fundamentales que absorbió su atención de gobernante fué la ocupación total y el dominio productivo del territorio de la Nación, colocando a todos los habitantes en condiciones de asimilar la vida civilizada. Una parte de él, la que se extiende al sur de la Pampa, estaba ocupada por numerosas tribus de indios, desde donde irrumpían en invasiones devastadoras sobre las regiones pobladas y entregadas a las faenas agrícolas y ganaderas. Su existencia importaba no sólo territorios arrancados al trabajo regular y ordenado, sino, con las consecuencias destructoras que implicaba, una permanente contribución de sangre, preocupación de gobierno, tiempo y dinero.

Abordó de lleno el problema, primero, con sus proyectos de agosto de 1875, de fundar pueblos y levantar fortines fuera de la línea

de fronteras, establecer líneas telegráficas y militares en las mismas; después, en setiembre de 1878, con un plan más amplio, de "ocupación militar del Río Negro como frontera de la República sobre los indios de la Pampa", con el abandono definitivo "del viejo sistema de las ocupaciones sucesivas", para hacerlo en forma concluyente y única, "buscando al indio en su guarida para someterlo o expulsarlo". Al ofrecer el 3 de enero de 1878 al general don Julio A. Roca el Ministerio de Guerra y Marina, vacante por fallecimiento del doctor Adolfo Alsina, decía a aquél: "V. S. conoce mi programa político. Quiero la conciliación de los partidos, lo que significa decir la no existencia de ninguno y la admisión de todos en el gobierno político y administrativo de la Nación... *Al entrar al ministerio de Guerra, V. S. encontrará, además, una herencia que le impone grandes deberes: Es el plan de fronteras que el doctor Alsina deja casi ya realizado res-*

pecto de esta Provincia, y que es hoy, más que nunca, necesario llevar sin interrupción hasta el último término..." Sus mensajes de la fechas citadas definen su pensamiento de gobierno. La conquista del desierto para él encerraba un doble problema: la transformación de los dos factores que lo producían: el indio y el desierto. No la destrucción del indio como ser humano, en su condición de hombre, sino del salvaje, del elemento adverso al progreso, transformándolo en ser civilizado, y la incorporación del territorio que ocupaba a la población y el trabajo productivo. Decía: "No suprimiremos al indio sino suprimiendo al desierto que lo engendra". "Las fronteras internas habrán desaparecido cuando dejemos de ser dueños del suelo por herencia del Rey de España, y lo seamos por el trabajo y la propiedad". Lo que significa que la llamada conquista del desierto no consistió precisamente en la acción militar de la destrucción del indio, que

pretendió desfigurarla, sino en la incorporación a la vida institucional de los dos elementos que lo constituían: el hombre salvaje y la tierra estéril. Tal pensamiento tuvo naturalmente como base, dadas las exigencias del momento, lo que se realizó primero por el Departamento de Guerra, pero que no lo constituyó en sustancia, ni fué lo fundamental de su idea de gobierno. Por eso pudo decir, escribía el doctor Pedro Goyena, cuando la ingratitud pública quiso arrebatarle el lauro de su pensamiento ya fecundado, para orlar la frente exclusiva del ejecutor de la campaña militar: "La supresión definitiva de la línea de fronteras interiores no fué una obra militar, sino una obra de gobierno; y es, por lo tanto, contradictorio excluír al jefe mismo del Gobierno, es decir, a aquel bajo cuya responsabilidad directa y personal se ejecutó la obra. Puede decirse por accidente que el Presidente de la República no ha tenido participación ostensible en tal o cual acto;

pero no puede decirse respecto de una obra a la que fué necesario contraer toda la atención, que duró cuatro años y a la que se aplicaron todos los recursos del gobierno... Ha habido expediciones militares... Pero ha habido también una *campaña política* que sostener cuatro años contra la incredulidad y la discusión. Una *campaña financiera* para buscar recursos pecuniarios, sin los que nada se habría hecho, y buscarlos en medio de la crisis. Una *campaña legislativa* para hacer sancionar ocho leyes. Una *campaña de responsabilidad pública y de peligros personales,* alejando el Ejército e internándolo en el desierto en medio de las revoluciones anunciadas para cada día". Y esa fué, decía el doctor Pedro Goyena, terminando la relación de las palabras transcriptas, la obra de Avellaneda, Presidente de la Nación.

IV

Llenan después, como acción fundamental de su obra de estadista, ideas de carácter económico y financiero, e ideas sobre la instrucción pública. Las primeras, de acuerdo con las necesidades de la época, gravitaron sobre los problemas que en la materia ofrecía el país: tierra inculta y producción naciente. La propiedad fué en su concepto la base en que había de reposar la conquista y transformación de la primera, facilitando el trabajo, con lo que a su vez se solucionaba el segundo, provocando el aumento de la producción. "La propiedad, decía, engrandece y dignifica al hombre". En cambio: "Suelo inculto y pueblo miserable son dos términos correlativos, en el lenguaje de la economía política". Por eso era urgente facilitar la propiedad con leyes protectoras, que garanticen su estabilidad, estimulando el trabajo. "La propiedad territorial, fácil y barata, de-

be ser la enseña de las leyes venideras, para vencer en su nombre y con su obra al desierto". Pero "la tierra sólo se muestra generosa, derramando con profusión sus dones, cuando ha sido vencida, y su seno sólo es bendito y fecundo regado por el sudor incesante de las generaciones." Por eso es necesario proveerla del brazo productor, asimilar el factor y el elemento que ha de provocar esta fecundación. "El agente maravilloso de la producción, el creador moderno del capital, es el inmigrante".

Le tocó, pues, actuar en un período económico embrionario, en el que el trabajo de la tierra, extensa y despoblada, constituía la base de nuestra estructura económica, y su producción el eje de la riqueza nacional. Por eso propició la propiedad como sustentáculo del asiento y el arraigo de la población, del trabajo y la producción económica, y el capital inmueble como el factor indispensable de su progreso. Su acción financiera tuvo

que limitarse a conjurar una crisis aguda y profunda, que perturbó seriamente la vida del país. Ordenó la administración y realizó la más severa economía, que le permitió levantar el crédito de la República, pagando viejas deudas, como la famosa con Inglaterra de la época de Rivadavia, en el duro trance del apremio y la escasez, mientras los indios asolaban la campaña y la guerra civil amenazaba sangrienta. Fué entonces que proclamó: "Es preciso economizar sobre el hambre y sobre la sed para pagar nuestras deudas".

La instrucción pública tuvo en él su propulsor más enérgico y convencido. Comprendió el problema de la instrucción primaria como sustancial para el país y sus ideas sobre la materia tocaban el fondo mismo de sus conceptos sobre la nacionalidad. La instrucción primaria constituía para él el vínculo, la corriente polarizadora del sentimiento nacional. "La educación primaria envuelve

la más legítima de nuestras necesidades y su adelanto es la primera incumbencia del estado." "El alfabeto que deletrea el niño en los bancos de la escuela es el vínculo que viene a ligarlo con la historia del espíritu humano, dándole la clave del libro, que es la memoria de la humanidad y el resumen de su progreso." Propició, pues, la educación primaria, costeada y realizada por el estado, como necesidad pública fundamental, con importancia y razón de vida. Dió a la Universidad su ley orgánica aún vigente, por proyecto presentado en el Senado de la Nación, en su doble calidad de Rector de la Universidad y miembro de aquel alto cuerpo, el 10 de mayo de 1883 y sancionado definitivamente el 26 de junio de 1885, ley a la que dió su nombre. En su proyecto propició el concurso como base para la elección del profesorado, idea que no fué aceptada en la Cámara de Diputados, pues tuvo en su contra al Poder Ejecutivo.

V

Pero encontramos en sus pensamientos, preocupaciones ajenas a la acción de gobierno y que se refieren exclusivamente al trabajo intelectual, a la sensibilidad del hombre atento a los movimientos del alma humana, a los aspectos diversos y variados del mundo y de la vida.

Su sensibilidad no podía equilibrarse en los exutorios de la acción: necesitaba el derivativo del arte. Queda siempre, en pos de la actividad violenta y dura, a que somete la vida activa, un excedente de emoción que no ha sido aplicado y exige su funcionamiento en las naturalezas de ardor sentimental. Los sentimientos tienen su imperio y su existencia propia, que escapan a los mecanismos de la acción. La riqueza emotiva reclama una aplicación compleja de actividad: la emoción estética contrabalancea los desentonos de la vida agitada. En estas organizaciones armó-

nicas el espíritu sólo se equilibra en el despliegue de la vida integral.

De allí que encontremos en su sensibilidad la fibra que conduce a la emoción artística. Tiene la ternura profunda de la vitalidad que excede y busca una expansión, la dulzura de las almas delicadas que se estremecen al contacto de los seres y hallan en la simpatía humana una razón de mejoramiento espiritual. Ante el llamado de un amigo agonizante, exclama conmovido: "No se siembra siempre sobre la arena estéril o sobre la onda salada. Cuando más se desespera de las afecciones humanas, la voz de un moribundo puede darnos alientos y esperanzas. Estos son los misterios de la vida". Es la meditación de una sensibilidad que se entrega al llamado de un dolor que lo hiere: la ternura brota como de copioso manantial. "El don supremo, decía también, es la ternura del corazón y una sola palabra de cariño puede vencer para alguno la dureza de su destino".

"Literato furtivo", como diría Groussac, que "tuvo que engañar su sed artística mojando sus labios en el hueco de la mano, al pasar el río, como el guerrero bíblico", no dejó de reflejar también aquí las modalidades de su temperamento intelectual. La estructura de su espíritu se evidencia en la orientación del escritor. Desde luego, no es la suya una imaginación plástica, apta para el color y la forma, la imagen o el diseño, ni su sensibilidad se desenvuelve por la sensación. Imaginación psicológica, como es casi siempre la del político, que actúa sobre ideas y sentimientos, su sensibilidad se moviliza por la emoción, que es la que en él fija la impresión de las cosas y los seres. Percibe ideas, hechos humanos, pasiones, no cosas, ni objetos físicos. La naturaleza no llega a su espíritu por los sentidos, sino por la emoción. No es un descriptivo, ni un razonador; observa y ve las relaciones que dan fisonomía a un alma y las somete a la respiración

de su sensibilidad delicada. Es siempre lo humano, en lo colectivo como en lo individual, lo que lo impresiona y lo conmueve. Por eso, su inclinación artística lo lleva al género literario más adecuado a su estructura intelectual: no a la novela, la poesía o el drama, sino a la crítica, que es un género que sale de la literatura estricta, para penetrar un poco en los campos de la ciencia y la filosofía. Los hombres de acción y pensamiento, con sensibilidad artística, van siempre a la crítica, la historia o la oratoria. La crítica es un género que requiere cierta actividad motriz, capacidad activa de movimiento, como lo es todo lo que invita al contacto con los seres y las almas. Asomar e instalarse en un espíritu, para penetrar su interior y tomar los elementos que le dan fisonomía y vida, y definirlo, no es una labor contemplativa, de mero razonamiento abstracto. La observación, que es su base, necesaria para la apropiación de los factores dominantes, es

un instrumento activo, móvil, de penetrante agudez. Actúa movilizando múltiples resortes, pone en tensión el espíritu y la inteligencia.

Tenía la visión repentina, la mirada profunda, que llega al fondo y ve la realidad, la misma del estadista que escudriña el movimiento en la masa humana: de allí que su crítica no se dirija precisamente al libro, sino al autor, no a la obra, sino al hombre, a la inteligencia que la ha forjado. Lector asiduo de Sainte-Beuve, supo renovar entre nosotros este género, adaptándolo a las corrientes modernas, y dándole base científica. Con gusto artístico y sentido de la realidad, nos ha dejado trabajos de mérito, algunos insuperables, como sus estudios sobre Rivadavia, Berryer, Groussac, "las poesías de Rivarola", Esquiú, Gómez y otros.

Su estilo traduce los sedimentos de su cultura y de su gusto: osatura clásica, en movimiento y composición moderna. Tiene el

ritmo, la melodía, el sentido del orden y la distribución, que equilibran la exuberancia del calor, la fuerza del entusiasmo, el brillo con sonoridad y el fulgor de luz que se ostenta en llamas envolventes. Conteniendo el vigor del impulso, aparece siempre tras la elegancia del artista la meditación del pensador. Busca lo universal y permanente en lo singular y móvil, las leyes generales del espíritu, del mundo y de la vida, en los rasgos individuales o los acontecimientos singulares. Es siempre el hombre de acción, la mirada aguda y profunda que busca entre las contingencias del día y del momento las soluciones duraderas del porvenir. Ese sello llevan sus Pensamientos: son frases labradas para vivir la vida de la Nación. Han salido de las entrañas de su propia existencia y a ella se las entrega para que las nuevas generaciones las aquilaten en el trabajo, el estudio y la meditación.

Mayo 1929.

Angel Acuña.

PENSAMIENTOS DE AVELLANEDA

Nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma.

El gran ideal de la familia argentina unida, que viene mostrándose en las alturas a través de todas las épocas de nuestra historia, no tiene hoy sino un sentido práctico, pero profundo: la representación de todos los partidos políticos dentro del Congreso de la Nación.

La Capital en Buenos Aires es el voto nacional, porque es la voz misma de la tradición, y la realización, bajo formas legales, del rasgo más característico de nuestra historia.

El argumento que viene verdaderamente del pasado, es la voz de experiencias dolorosas, clamando que debemos dar al Gobierno de la Nación, su asiento jurisdiccional en la Capital histórica, para que tenga los medios eficaces y asegure, la paz dentro de nuestras instituciones libres...

Pregúntese a la Inglaterra y a la Francia, si quiere ver suprimidas sus dos grandes metrópolis y repartida su población en villorrios que den animación a los campos... ¿Qué pueblo se ha extendido con vigor, en el espacio, sin que haya servido de núcleo a su cultura y de palanca para su acción, una gran ciudad?

Las grandes ciudades pueden tener sus inconvenientes; pero todas las naciones han

tendido a crearlas y no a destruirlas. Se ha creído así que sus ventajas son mayores, dando cohesión y poder de iniciativa a las asociaciones humanas.

El municipio es una escuela en la que se enseña el patriotismo, infundiendo la dedicación al bien común, la vida práctica de los negocios, habituando a conducirlos; en la que se forman los hombres y se organizan los pueblos.

Sin verdad en el sufragio no hay sino sombra en la realidad, en la práctica de las instituciones representativas.

Los pueblos necesitan ensayar, por muchos años, sus hombros, para soportar el peso de una nación.

La vida de los hombres y la historia de los pueblos son una reparación perpetua, y por eso se ha llamado al tiempo el gran reparador.

Sólo se aprende a pensar, pensando; a trabajar, trabajando, y a ser libre, usando siempre de la libertad.

Es santo, es bueno, el horror a la tiranía, pero necesita ser vivificado por el amor a la libertad.

Hay remedios para todos los males, pero entre todos, el más seguro y el más sano, será siempre practicar con verdad nuestras instituciones.

Los grandes movimientos, los que operan reformas, transforman la legislación, supri-

men la injusticia o corrigen los abusos, son en los pueblos libres movimientos de opinión y no de fuerza.

La Historia, que, enseñando el pasado, es la pitonisa del porvenir, nos dice que tras del hecho inmediato viene la consecuencia lejana, que nunca tuvieron razón los que desesperaron en el bien y en el progreso, que no hay esfuerzo en favor de la libertad que sea perdido.

El gobierno es la autoridad, y la autoridad se compone igualmente de estos elementos ineludibles: la Razón y la Fuerza.

La Facultad de intervenir no es una función mecánica y ciega. Ella se halla escrita en la Constitución, para obtener uno de sus grandes objetos, para consolidar la paz do-

méstica. No se consolida la paz sino relacionando los medios con este gran fin.

Es mejor fundar una situación sobre la razón pública, y no sobre la sangre.

El puñal es impotente para obrar una transformación social; allí donde ha herido una víctima sólo ha conseguido cambiar un cuadro histórico por otro, siempre dejando el mal en el fondo. César muerto, renació más terrible en Octavio.

No se consolidará jamás una situación por absorciones ni exclusivismos, cuando se trata de derechos vitales para los hombres.

Las situaciones políticas sólo se normalizan por el reconocimiento y la práctica de los derechos políticos.

No se enarbolan banderas para los pueblos, arrancando girones a un sudario.

No basta, para ser hombre de estado, poseer el genio de las combinaciones políticas, ser diestro en los negocios públicos, brillante en el parlamento o valeroso en la guerra.

Se necesita, además, llevar el sentimiento de la igualdad dentro del alma, y amar al pueblo con pasión invencible.

El olvido es un deber de los poderes públicos de la Nación y de las Provincias, respecto de los extravíos del pasado.

Las leyes de amnistía, aunque aquieten al culpable y desarmen la justicia, no pacifican socialmente sino cuando son leyes de olvido.

Un mal precedente no constituye autoridad, porque un mal precedente no implica sino un hecho que no debe repetirse.

Los gobiernos no se hacen ya con decretos autocráticos. Los gobiernos se hacen con los recursos colectivos, con la opinión pública, bajo el impulso de todas las fuerzas sociales.

La República no hace presidentes mirando para atrás. La República puede, por el contrario, mirar adelante, convirtiendo esperanzas en candidaturas.

Nada, tan peligroso como la falsa seguridad, que infunde la confianza enervante cuando es injustificada.

No pronunciemos, a propósito de disensiones transitorias, palabras irreparables.

La acusación en las formas constitucionales es precisamente un derecho para que no lo sea la imputación arbitraria y vaga de imaginarios delitos.

Hay en la vida política los orgullosos placeres de la victoria y los combates estériles de las ambiciones ruidosas, pero hay, igualmente, sinceridad, esfuerzos, efusiones generosas y virtud.

La tarea de gobierno no envuelve, por lo general, dificultades invencibles para el que no trayendo a su desempeño preocupaciones y odios, lleva perennemente en su corazón y en su mente la aptitud para atraer, a la obra común, el concurso de todos, invocando los

sentimientos del honor, los deberes cívicos y el patriotismo.

El camino del deber es a veces obscuro. Pueden errar todos, menos los que llevan consigo el poder de las armas, porque el error que da la muerte es un error irreparable.

Los males de una situación económica no se remedian con mecanismos artificiales, que no pueden ser sino falaces, porque salen fuera del movimiento de las leyes naturales, que rigen la economía social.

Cuando hay sufrimientos, por haber invertido capitales de un modo improductivo, cuando los hay por exceso en los consumos, no se presentan otros medios de salvación sino aumentar la producción por el capital y

el trabajo sanamente empleados, subordinados, al mismo tiempo, a un régimen restrictivo en los gastos públicos y en los privados.

La vitalidad de los pueblos se sobrepone rápidamente a las crisis que los experimentan.

La tierra y el hombre se encuentran perpetuamente unidos por la eterna relación del trabajo. Mirad la tierra y conoceréis al hombre que la habita.

La propiedad territorial, fácil y barata, debe ser enseña, de las leyes venideras, para vencer, en su nombre y con su obra, el desierto, cambiando el aspecto bárbaro, de nuestras campañas.

Las fronteras internas habrán desaparecido cuando dejemos de ser dueños del suelo por herencia del Rey de España, y lo seamos por la población que lo fecunda y por trabajo que lo apropia.

El agente maravilloso de la producción, el creador moderno del capital, es el inmigrante.

No hay crisis para los trabajos necesarios y ampliamente reproductivos, y deben ser atendidos en los días de escasez con poco, y en los días de abundancia con mucho.

El enternecimiento popular, por la memoria de un hombre, no es el juicio histórico, pero es más fuerte que la muerte y suele vencerla.

La frase bella y útil es un medio de gobierno, porque es instrumento de acción y de influencia.

La meditación es buena, pero la cavilación es mala. El campo de la conjetura es infinito, y a fuerza de quererlo ver todo se paraliza la acción.

El don supremo es la ternura del corazón, y una sola palabra de cariño puede vencer, para alguno, la dureza de su destino.

Cuando un acto individual entraña verdadera grandeza se prolonga en proyecciones infinitas. Queda como el ejemplo ideal para los hombres, y como una luz para los pueblos.

Inclinémonos delante de la imagen de la libertad, que hizo palpitar el corazón de nuestros padres.

Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir.

La lágrima humana es más duradera que el mármol o que el bronce y puede llamarse afortunado el hombre mortal que la ha hecho verter, con sus glorias y con sus infortunios, de los ojos del pueblo.

Hay, en verdad, un pueblo unido, en vínculos nacionales, y para siempre, cuando sus hijos saben experimentar aquellos sentimientos que hacen de millones de hombres un solo hombre, y que constituyen, ligando ge-

neraciones presentes y pasadas, la santa unidad de la patria.

La palabra humana es más expresiva y duradera que el monumento. Señálense las palabras que usaba un pueblo y se sabrán sus ideas, lo que se hallaba al alcance de sus manos o de su inteligencia, lo que conocía y lo que ignoraba.

Nada hay perdido cuando queda en pie un pueblo que trabaja.

Hay palabras breves pero inmensas, que, a pesar de ser pronunciadas por nuestros labios, la mente humana no acierta a comprender: Dios, la eternidad, la muerte.

Ser grande no es alimentar fuertes y poderosas pasiones, sino vencerlas, a pesar de su grandeza.

Cuatro o cinco estrofas, representando un estado de espíritu, dando expresión a las agitaciones del corazón, bastan para salvar una memoria de hombre en el naufragio de los tiempos.

Los grandes dolores no se llaman con el nombre de un día.

Hay impresiones de las que no se vuelve. Son como la muerte .

¿Quién es hombre, y ha sido joven, y no ha llevado una nota siquiera del poema inmenso en su corazón?

No basta que el poeta cante, es necesario, además, un público que lo admire.

Hay en la vida política los placeres de la victoria y los combates de las ambiciones ruidosas, pero hay igualmente sinceridad, abnegación y virtud.

Un país es doblemente hermoso cuando a los maravillosos aspectos de la naturaleza se han agregado las creaciones del arte. La Grecia no desplegó por completo la fascinación de sus prodigios sino cuando el cincel de Fidias animó los blancos mármoles de Pharos; cuando hubo atraído por el comercio, las industrias y los cultivos de otros pueblos, al mismo tiempo que los pintores imitaban en la pureza de sus líneas la suavidad de sus horizontes, y los poetas buscaban la luz fulgente de sus creaciones en el majestuoso esplendor de sus cielos.

La República puede estar dividida hondamente en partidos internos; pero no tiene sino un honor, un crédito y una bandera ante los pueblos extraños.

La política de conciliación ha nacido de los sentimientos íntimos y es la razón pública gobernando a la Nación.

Las represiones sangrientas, encienden odios y siembran, el germen de reacciones funestas.

Es necesario que el principio de autoridad no peligre entre las concesiones hechas, y para ésto se requiere prudencia, una gran mesura.

La conciliación es hoy una evolución cumplida. Consistía en atraer un partido al es-

cenario político y éste ha venido plenamente a la vida pública.

No debe haber revoluciones. Sólo se justifican en presencia de grandes despotismos. Pero no deben existir tampoco gobiernos electorales.

Los malos ejemplos dados demuestran que no habrá otro instrumento más disputado en las futuras luchas electorales, que el Ejército, del que pretenderán apoderarse todas las facciones.

Este es el peligro y quedará conjurado. Salvaré la moral del Ejército y salvaré al país de las conspiraciones militares... Lo haré, porque estoy resuelto a cumplir mi deber contra todo y a pesar de mis amigos y adversarios.

No se consolidará jamás, una situación política, por absorciones ni exclusivismos, cuando se trata de derechos vitales para los hombres.

No basta haber proclamado en teoría la igualdad de todos los indivduos. Para que fuera fecundo el principio, era necesario realizarlo, en la vida civil, introduciéndolo en el derecho.

La naturaleza se embellece y se completa bajo la acción fertilizante de la industria.

El sentimiento que más se exalta, no es el amor; es la admiración.

Los jueces tienen también su juez, que es la opinión, y deben ser puestos en su presencia.

La injusticia del desconocimiento del mérito y su persecución son flaquezas de la tierra, pero son también la levadura con que se elevaron prontamente las reputaciones que tienen por base la simpatía humana.

El Congreso de Tucumán atravesará los tiempos eternamente glorificado. — Ha dado nacimiento a un pueblo, y este pueblo, que tiene su cuna en el acta de la Independencia que aquél firmara, bendecirá por los siglos de los siglos su nombre.

La Asamblea de 1813 fué la inteligencia revolucionaria en la América elevándose al solio del legislador. Su rasgo prominente es el haber sido, más que un Congreso del pueblo argentino, la gran Asamblea del pensamiento americano.

La gloria no es ciega como la casualidad. Hay una predestinación y tiene sus elegidos; pero no ejerce, al designarlos, favoritismos caprichosos, que pueden ser explicados por afinidades o llamamientos que respondan a secretos movimientos del corazón.

La declaración de nuestra independencia, acto del más sublime y heroico patriotismo, contribuyó poderosamente, en aquellos días inciertos de la revolución, a hacerla irrevocable e invencible, no dejando otra alternativa, sino la libertad o la muerte.

La tiranía de Rozas no avergüenza, porque suscitó el heroísmo y necesitó derramar sangre hasta la fatiga.

La propiedad engrandece y dignifica al hombre.

Si la libertad es el derecho, la justicia es su garantía, y no acierta a vivir sino por su aplicación rápida y eficaz.

La ciencia se atesora todavía con mayor lentitud que el capital y no hay pueblo nuevo que no pueda ostentarla como propia.

El elemento histórico y el filosófico contribuyen a la formación del derecho: el uno, lo liga a la realidad, al mundo material de los hechos; el otro, lo eleva a la región de las ideas, siempre progresivas, siempre en marcha. Tomad uno solo de esos elementos y limitaréis la ciencia.

La locomotora se encuentra al pie de los Andes que están en América para atestiguar nuestros grandes hechos. Pero no daremos por terminada la tarea sino cuando podamos decir: la locomotora triunfante ha cambiado la geografía del continente, ligando el océano Atlántico con el Pacífico.

No suprimiremos al indio sino suprimiendo el desierto que lo engendra.

Para el inmigrante, la peregrinación ha concluído desde que se encuentra ligado a una tierra que es suya.

Los ferrocarriles llevan, entre sus líneas paralelas, el progreso a los pueblos y la unidad para la República.

Llamamos extranjero al que viene de afuera porque no tenemos en el vocabulario otra palabra, pero ella ha perdido entre nosotros su sentido, porque el extranjero apenas llega deja de ser un extraño.

El pueblo argentino debe ponerse de pie con su acción simultánea y combinada para combatir la ignorancia que lo extravía y lo aleja de su ruta.

El libro da a cada uno un testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón. Así, la lectura del libro que nos ayudó a pensar, a querer, a soñar en los días felices, es el conjuro de sus bellas visiones desvanecidas por siempre en el pasado.

La educación primaria envuelve la más legítima de nuestras necesidades y su adelanto es la primera incumbencia del Estado.

Sin la igualdad en la educación, las demás igualdades que la ley consagra no tienen realidad consistente, porque ha de ser uno el mismo derecho, hay incapacidad absoluta en el mayor número para ejercitarlo respectivamente. Por eso trabajar por la educación es trabajar por la libertad, puesto que esta supone necesariamente la razón colectiva del pueblo.

Inaugurar una escuela es hacer un llamamiento a todos los poderes del bien, y, siendo el acto más benéfico, es al mismo tiempo el acto más solemne, porque importa ponerse, como nunca, en presencia del porvenir.

La escuela puede ser modesta sin que deje de ser útil, como aquellos faroles de papel en las calles, que, a pesar de sus formas primitivas, iluminan el paso del viajero en la soledad de la noche.

¿Quién podrá decir cuánto influirá en la suerte humana un solo niño que se educa, si al hacerse hombre piensa como Newton, gobierna como Wáshington o inventa como Fulton?

El alfabeto que deletrea el niño en los bancos de la escuela es el vínculo que viene a ligarlo con la historia del espíritu humano, dándole la clave del libro, que es la memoria de la humanidad y el resumen de su progreso.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo

y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento es el atributo de la caridad por excelencia.

Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la biblioteca popular, y desde entonces todos estamos llamados a tomar participación en el apostolado sublime.

El que da un libro para el uso del pueblo hace un pequeño don de su valor pecuniario, enciende una antorcha perenne y abre una fuente de elevados sentimientos para ilustrar y regenerar la existencia moral de centenares de hombres.

Dar un libro es casi nada; pero el libro dado realiza la parábola de la semilla que los vientos arrastraron, que los pájaros del aire no comieron y que, cayendo en tierras extrañas, fructificó, bajo la bendición de Dios, en fértiles cosechas.

El don sin precio puede revestir un valor infinito, porque fué un libro encontrado a la casualidad el que infundió la perseverancia del trabajo en Franklin y en Lincoln.

Los pueblos que sólo cultivan y desarrollan la fuerza caen aplastados por la fuerza.

Don José de San Martín no tuvo sino un pensamiento, la Independencia de América, y ese pensamiento, gobernando su conducta, explica de un modo completo sus actos más diversos.

San Martín había nacido, sobre todo, soldado. Su genio es el genio de la estrategia, y su rasgo moral predominante es la impenetrabilidad de su alma.

Las victorias de San Martín son los lampos de luz que circundan el nombre argentino, y mostrando sus trofeos, que fueron pueblos redimidos, nos cubrimos con sus esplendores, para llamarnos "libertadores de América".

El momento supremo se aproxima, y el General San Martín habla por fin. No en presencia de los hombres, sino ante Dios. Hace treinta años que sobreviviéndose a sí mismo, lleva sus funerales como una urna cineraria dentro de su propio corazón. Pero, no todo está muerto en él. La fibra humana conserva aun sus vibraciones para los cariños sublimes. Ama a su hija y la menciona

con palabras de indecible ternura. Ama a la patria... y le lega su corazón.

Invito, (como Presidente de la Nación) a mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia y los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la trasladación de los restos mortales de Don José de San Martín, para encerrarlos dentro de un monumento, bajo la Bóveda de la Catedral de Buenos Aires.

Don Mariano Moreno es ciudadano y es argentino, antes que hubiera patria y ésta pudiera llevar un nombre.

Los pasos del conquistador extranjero, resuenan como redobles fúnebres sobre su corazón. Hay ya una patria para el argentino, y antes de saludarla en el Sol de Mayo que la simboliza, la encontramos viva y palpitante en el alma de su precursor. Los velos del

misterio han caído, y se halla revelado el motivo, porque el nombre glorioso de Mariano Moreno, se identifica con la Revolución Inmortal de Mayo.

Lord Chattam había sido el precusor, y Cánning fué el ejecutor de esta alianza íntima, que no fué sellada por tratados, pero que poniendo el pueblo de Gran Bretaña al lado de las llamadas colonias del Nuevo Mundo, les expidió cartas de ciudadanía, para que figurasen con honor y con sus nombres propios en las Asambleas de las Naciones.

No basta el espíritu literario, que da brillo con las obras de la imaginación y del arte; es necesario el espíritu científico, que da base, solidez y prosperidad a los pueblos.

El espíritu de los pueblos libres es cristiano, no es iconoclasta; depura, restaura, santifica el monumento por nuevas advocaciones, pero no lo destruye.

Los paseos públicos, ejerciendo una atracción irresistible sobre la masa de los habitantes, sirven para mejor ennoblecer y elevar los sentimientos de las multitudes y pueden contribuir a dar formas cultas y suaves a las luchas duras y severas que engendra la vida democrática.

No hay prosperidad fuera del trabajo.

El hombre no se inclina sobre la tierra sin sentir en seguida la necesidad de levantar su espíritu y sus ojos hacia las regiones superiores de donde vienen las luces que lo alumbran en su camino.

Es preciso economizar hasta sobre el hambre y la sed para pagar nuestras deudas.

La pirámide conmemorativa se derrumba sobre sus bases y el labrador encuentra con frecuencia, bajo la reja de su arado, las piedras de los templos derruídos. El monumento pasa, y sólo es eterna la memoria humana.

Hay un lauro para la virtud, para el honor, para la intrepidez militar que se aventura en pos de los peligros y que también se contiene sumisa en presencia del deber.

Don Bernardino Rivadavia fué el hombre del porvenir. Sus ideas eran proyecciones sobre lo venidero, y su atmósfera la posteridad.

Un país vale, en el lenguaje del economista, y ante la verdad severa de los hechos, lo que produce, y mientras que su haber productivo no haya disminuído, conserva su actitud para recobrar inmediatamente su anterior situación financiera, aunque haya soportado transitorias perturbaciones en sus cambios, en la circulación de sus valores o en sus consumos.

El concurso tiende a ser la forma universal para la provisión de los empleos, porque no solamente se aplica al régimen universitario, sino también a todos los empleos civiles, como nos lo muestra el ejemplo del gran pueblo cuyas instituciones hemos adoptado.

Los concursos los necesitamos doblemente en nuestro país. Los necesitamos para abrir una nueva y diversa carrera a los jóvenes

que educamos por centenares, que se encuentran ya estrechos de todo punto en las antiguas profesiones, y para dar independencia a la vida universitaria.

Suelo inculto y pueblo miserable son dos términos correlativos en el lenguaje de la economía política.

El sentimiento del hogar, ese sentimiento que multiplica y difunde la vida, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazón y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los días de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades.

Dictemos leyes, votemos recursos para difundir la educación, hasta que ella sea en la República como el aire y la luz, un don gratuito y universal.

Todos somos trabajadores. No hay clases sociales. No hay sino profesiones, es decir, diversas denominaciones y divisiones del trabajo.

La santa impersonalidad del soldado, la unidad del regimiento y la inmortalidad de la bandera no son sino símbolos vivientes que se modelan sobre la eternidad de la patria.

En la literatura argentina, hay algo de vivo, de palpitante, de verdadero, que no puede menos de afectar profundamente el lector. No se ha hecho arte por amor al arte, se-

gún la expresión consagrada, sino que se ha hablado o escrito obedeciendo, a un sentimiento poderoso, o para marcar ideas o acontecimientos que han dejado huellas intensas en la historia del país y en los que el escritor y el orador han sido verdaderos actores.

La musa de Guido Spano nació hace dos mil años en Grecia, y al través de Lamartine y de Hugo, se la ve seguir, por las márgenes del Cefiso, los pasos de la dulce Erina, o sorprender a las Ninfas lascivas, al recoger las flores que brotan sobre el musgo de sus aguas.

Don Esteban Echeverría, es el poeta sudamericano, que haya dejado tras de sí una obra más extensa, a pesar de la brevedad de su vida, de las dificultades de su producción, de las angustias de su patriotismo y de los tiempos de bronce, que le tocaron en suerte. Su poesía es muchas veces descriptiva, pero

se la siente siempre, internamente bella como la actitud de un alma que se recoge a meditar.

Echeverría es más que un poeta, un pensador poético.

Andrade es un poeta externo. No es un poeta interno y mucho menos un poeta íntimo. Es un pincel, el más rico en colorido, que haya producido la América... Nada es casual en la creación poética, Andrade no ha escrito versos de amor.

El verso puede ser declamado. La pompa de la imágen necesita ser representada por el gesto expresivo y el ritmo marcado por las modulaciones de la voz. Pero la prosa, y sobre todo la prosa improvisada, que ya brilla con la idea súbita, o languidece bajo el pensamiento vulgar, debe ser hablada. De ahí el uso de la conferencia moderna.

El discurso ha quedado relegado para las ocasiones solemnes: para asociarse a las majestuosas ceremonias del templo, para cuando se habla en presencia de la eternidad sobre el dintel de una tumba, o en las grandes festividades patrias. El orador actual no declama ni recita: habla simplemente.

¿Queréis conocer la verdadera palabra parlamentaria, la palabra que gobierna y rige, que es opinión y que es ley? Puede ser vehemente, apasionada, sarcástica o amarga, dialéctica o sutil, pero será siempre natural, naciendo del asunto y conteniéndose dentro de su cuadro. Esta es la palabra de Glasdtone, de Disraeli, de Cánovas del Castillo o de Thiers.

La colección de billetes íntimos de Musset y de Heine forman el canasto de Cleopatra. Hay la perla de Arabia, la rosa de Egipto;

pero se arrastra en el fondo, envolviéndolo todo, el áspid amarillo del desierto.

El colorido es bello, pero sólo es perdurable la expresión del sentimiento humano.

La imagen del poeta no se halla representada por la náyade de la fuente, que deja escapar en ola continua el agua encerrada en sus cavidades. La poesía es concentración, es reflexión, es poder dado a la palabra por su sentido infinito. La imagen de la poesía es más bien aquella gota de ambrosía que Psiquis divina guardaba en su seno, que cayendo un día de sus labios entreabiertos embriagó a los hombres y perfumó la tierra.

Los pueblos necesitan aprovechar sus experiencias dolorosas.

Las religiones han dejado de hacer mártires después de mucho tiempo, y llegará ya el día para todos los pueblos libres en que la política debe dejar de hacer víctimas.

La intolerancia ciega no es sino una fatuidad de la ignorancia.

Es un buen gobierno el que responde en un momento dado a las exigencias primordiales de su país y de su época.

Será siempre uno de los más altos ejercicios de la inteligencia y del patriotismo ejecutar la parte de tarea que corresponde a cada uno en la sucesión de los tiempos.

Los pueblos llevan consigo el secreto de sus destinos y los hechos más portentosos pueden quedar esterilizados si no saben mantener la paz, que es condición de vida; la libertad, que es la ley de su desarrolo, y el honor, que les da consistencia y fuerza.

No hay, a la verdad, otro espectáculo como el de una Exposición para sentir poderoso y vivo el vínculo humano, mostrando realmente que no existen pueblos apartados, porque la civilización derrama sus beneficios para todos, porque la mente humana, transformada y engrandecida, es el patrimonio común y porque cada hombre trabaja para otro hombre a través de los continentes o de los mares infinitos.

Debemos hacer esfuerzos para salir del aislamiento, estableciendo vínculos intelectuales y morales entre todos los pueblos de nuestra habla.

En cincuenta años hemos vencido la barbarie, creado la patria y organizado en instituciones la libertad, para que sea por siempre el alma de nuestra vida, iniciándonos, al mismo tiempo, en las artes, en las ciencias y en las industrias.

Las relaciones del tiempo se escapan al poder del hombre que ha subordinado el espacio.

No podemos decir hasta dónde llegaremos, porque es imposible encerrar en una fórmula el movimiento de un pueblo que avanza bajo los auspicios de la naturaleza, que le ha prodigado sus dones, de la libertad que ha conquistado y de todos los progresos humanos que le impulsan en su rápida carrera.

Las Repúblicas Sudamericanas llevan consigo una nueva prenda de estabilidad y progreso desde que la Francia, tan cara para nuestro pensamiento, ha empezado a mostrarnos, que la república conservadora, suprime y no fomenta el espíritu de anarquía, concila el orden con la libertad pudiendo soportar, como un hecho normal, los cambios más rápidos y que nunca pasaron para otros pueblos, sin turbaciones violentas.

La alianza entre brasileños, orientales y argentinos para combatir al tirano del Paraguay, no a su pueblo, ha sido diversamente apreciada, por los juicios contemporáneos. Puede, sin embargo, afirmare, que la alianza no ha tenido por objeto el hacer una nueva *Polonia* en la América, para que quedara, durante siglos, sublevando los corazones por el espectáculo de la injusticia.

Las vivas simpatías, por la República del Perú, no solamente animan los propósitos de los Gobernantes argentinos, sino que nacen en verdad de un sentimiento nacional.

Hoy el Brasil es un imperio; mañana puede ser una república; mi país tiene el sistema federal y puede volverse unitario. Pero lo que sabemos y palpamos es la necesidad de la paz; no de la paz armada del Viejo Mundo que consume esterilmente la savia nacional. En la mano del Brasil y la Argentina está implantarla en el derecho americano.

Uruguayos y Argentinos han fraternizado siempre, siguiendo las vicisitudes de la fortuna política más instable, que las aguas del gran estuario.

Hay una patria americana. Guerra sque no son sino guerras civiles, pueden contradecirla. Pero todos sentimos nuestra Patria Americana. La sentimos cuando el recuerdo del pasado, purificando como una llama, las pasiones del presente, reanima en nuestras venas, la fraternidad de la sangre.

Conocemos y admiramos uno de los hechos más grandes de este siglo: el poema viviente de la colonización, que seis millones de alemanes han realizado en los territorios del Oeste de los Estalos Unidos, desplegando en la lucha con la naturaleza primitiva los recursos y las virtudes de la civilizción más avanzada, y sería también para nosotros un programa anhelado de gobierno, entregar bajo el imperio de instituciones libres, el cultivo y población de una parte de nuestros territorios, desiertos a las inmigraciones del Norte de la Europa.

El nuevo huésped del desierto, es el gaucho, al que acoge para abatirlo al nivel de su barbarie y le hace perder hasta su figura humana, para mejor marcarlo con su sello. Por eso, lo mantiene en perpetua lidia, para que siempre perseguido por la flecha y por la fiera, con el oído tendido y en acecho, su cabellera flotante, se confundiera con la crin de su caballo. Un día la refundición está cumplida. El jinete, que durante dos siglos no había podido descender de su cabalgadura era el Centauro; y desde entonces, hombre y caballo, rey de la Pampa, recorren su vasto imperio.

Somos la nación cosmopolita de la América del Sud. Oyense hablar por las calles de nuestras ciudades todos los idiomas del mundo.

La República Oriental está tan adherida a nuestras vicisitudes que nos parece a los argentinos una continuación de la patria.

El Brasil, nuestro aliado en los campos de batalla, donde no se ha recogido otros trofeos sino la libertad para un pueblo, guarda en el seno de la tierra el rayo de luz vívido que se escapa de su cielo tórrido, y lo convierte en producto precioso, con que ilumina la fibra del hombre, dando vuelo a sus ideas, tono a su voluntad y expansión generosa a sus sentimientos.

Bolivia, nuestra hermana, se inclina desde las altas montañas esperando que desembaracemos el cauce de los ríos interiores, para entregarnos los ricos productos de su suelo tropical.

Chile, para conmemorar la vieja fraternidad en las victorias, nos ha enviado con el producto de sus cosechas, el Aguila de los Andes, que presenció sorprendida, desde la roca inaccesible, el paso de nuestros ejércitos.

El pueblo español tiene en la historia dos títulos tan suyos que ningún otro puede disputárselos en la presente o en las antiguas civilizaciones. Es el único pueblo que ha descubierto un mundo y que, respondiendo al don de Dios, con abnegación sin ejemplo, se abriera en seguida, sin vacilaciones, las venas, agotando sus poblaciones para darle vida.

Creemos por dentro, pero nos dilatamos por fuera, y el historiador futuro notará, demostrando esta ley de nuestro ser, que cuando se trata, para los americanos, de ser independientes, llevamos vencedora la espada

de la emancipación por cinco naciones, y que somos, sesenta años después, los primeros en convocar a estas mismas naciones, dueñas de sus destinos, al certamen del trabajo libre.

Las letras y las ciencias se vengan de no ser plata y oro, siendo fama y ruido.

Hay edificios sonoros y vibrantes. Se olvidará fácilmente quién edificó un Banco, pero el nombre del constructor de una Universidad llegará a la más lejana posteridad.

Abríamos ayer, el gran concurso en el que se hallan expuestos y clasificados, los productos de nuestro suelo y dejamos hoy montados los telescopios, con cuyo auxilio practicaremos la misma operación en los cielos. El astrónomo caldeo, era pastor y agricultor

como nosotros y el instinto de los pueblos, ha establecido siempre, una misteriosa afinidad entre el astro y el surco.

Todos los poderes que se apoyan en la usurpación, en las preocupaciones o en la fuerza, se han ido... Sólo queda la industria, para fundar de un modo permanente la prosperidad de las naciones. El movimiento no es demócrata. Es humano, porque es la ley del trabajo, sobreponiéndose a las combinaciones del artificio o de la fuerza, y saliendo triunfante de todas las evoluciones históricas.

Una exposición Universal es un Microcosmos; una representación pequeña, pero viva, de la humanidad futura.

He promovido el pensamiento de una gran Exposición para el último año de mi gobierno. Una Exposición Industrial he ahí mi programa presidencial para 1880.

La idea o el plan de llevar la frontera al Río Negro no es nueva... Está dicho y ha sido confesado desde el primer momento. Pero hay una cosa nueva, muy nueva, aunque protesten todos los celos personales. Hay una cosa muy grande, aunque se alarme todo lo pequeño. Lo nuevo y lo grande es realizar el pensamiento y éste será realizado.

La supresión definitiva de la línea de fronteras interiores, no fué una obra popular, sino una obra de gobierno... Han habido expediciones militares... Pero hubo también una campaña política que sostener cuatro años, contra la incredulidad y la discusión... Una

campaña financiera para buscar recursos pecuniarios, sin los que nada se habría hecho, y buscarlos en medio de la crisis... Una campaña legislativa para hacer sancionar ocho leyes... Una campaña de responsabilidad personal y de peligros públicos, alejando el Ejército e internándolo en el desierto en medio de las revoluciones anunciadas para cada día.

Todo hombre con el don de la acción política, lleva consigo cierta intuición nacida del conjunto de las cosas, y que le enseña intuitivamente cuáles son las eventualidades que debe prever y cuáles las que debe apartar.

Un día se levantaron dos instituciones en el mundo, que trataron sistemáticamente de suprimir el error. Una de ellas se propuso suprimir el error religioso; la otra se propuso suprimir el error político. Estas instituciones

fueron la Inquisición y el Terror. La primera encendió las hogueras en España e Italia; y la segunda erigió el cadalso en la plaza de Gréve... yo afirmo que estas instituciones eran consecuentes con sus designios y que proporcionaban los medios al fin, porque no se puede extirpar radicalmente el error sin extirpar la humanidad.

El signo característico de la grandeza de un pueblo, es su dilatación en el espacio por el hombre, por la idea o por el capital.

INDICE DE LAS OBRAS DEL PRESIDENTE AVELLANEDA

La Biblioteca ha creído oportuno publicar el índice completo de las obras del Dr. Nicolás Avellaneda, pues ello le permitirá al lector poder apreciar por el detalle de cada tomo la importancia de las mismas, que abarcan la fecunda obra del Presidente Avellaneda durante su trascendental actuación pública.

INDICE GENERAL

De las materias que contiene cada uno de los 12 tomos de Escritos y Discursos del Doctor Don Nicolás Avellaneda

---

Tomo I. — Decreto del Poder Ejecutivo. — Noticia biográfica. — Crítica histórica y literaria.

Tomo II. — Discursos biográficos y universitarios.

Tomo III. — Artículos, cartas literarias, páginas y apuntes íntimos. — Escuela sin religión. — El doctor Dalmacio Vélez Sarsfield. — Discursos en Montevideo y Río de Janeiro.

Tomo IV. — Discursos en la Legislatura: organización nacional, cuestiones económicas y electorales. — Discursos en la inauguración de exposiciones, escuelas, obras públicas, ferrocarriles, etc.

Tomo V. — Estudios sobre las leyes de tierras públicas.

Tomo VI. — Conquista y colonización del desierto: Iniciativas legislativas. — Resoluciones administrativas.

Tomo VII. — Discursos, cartas y artículos políticos: 1856 a 1874.

Tomo VIII. — Memorias ministeriales: 1867-1873 (Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación).

Tomo IX. — Acción administrativa. — Discursos en la Legislatura y en el Congreso. — Rectorado de la Universidad.

Tomo X. — Estudios jurídicos. — Escritos forenses. — Artículos políticos y literarios. — Discursos en los Juegos Florales.

Tomo XI. — Discursos, cartas y artículos políticos: 1874 a 1883.

Tomo XII. — Mensajes y discursos en el Congreso.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00023532278